



¡Cuidado con el perro!

LILIANA CINETTO

Ilustraciones de O'Kif

loqueleo

¡Cuidado con el perro!



Capítulo 1

En el que empiezo a contar esta historia exactamente por el principio

Me llamo Federico y siempre viví en este barrio antiguo de casas con jardines y calles empedradas, donde los chicos juegan a la pelota y andan en bicicleta, los vecinos se conocen desde siempre y se saludan todos los días, las señoras barren la vereda y todos duermen siesta los domingos...

A mí me encantaba mi barrio y era casi feliz viviendo en él. Digo *casi* porque todos en mi barrio tenían un perro, menos nosotros.

Mi amigo Pablo, que vivía al lado, tenía un pastor inglés que se llamaba Pelos, porque era tan peludo que si uno no lo miraba con atención no se sabía dónde tenía la cabeza y dónde, la cola.

Mi otro amigo, Mateo, que vivía enfrente, tenía un bulldog con el hocico arrugado y cara de malhumorado, pero mimoso como un gato. Y mi amigo Pancho, que era un poco regordete y bastante glotón, tenía un perro salchicha, regordete y glotón

8 como él. Además, estaban el ovejero alemán del señor Domínguez, que siempre tenía manchas de grasa porque su sueño era mecánico de autos; el dóberman de la familia Mariani, que era negro como una noche sin luna y, aunque parecía más bravo que un león hambriento, era manso y juguetón, y lo único que había mordido una vez había sido mi pelota de fútbol, que cayó, sin querer, cerca de su cucha. Y la caniche de la señorita Díaz, a la que su dueña, que era solterona pero no tenía el carácter avinagrado, ponía moños de colores en la cabeza. Y el collie de los Andretti, al que le gustaba que sus dueños le cepillaran el pelo con un peine con forma de tenedor. Y el pekinés de la abuela Sara, que se ponía todas las tardes en la ventana a espiar a los vecinos que pasaban por la vereda, mientras su dueña tejía. Hasta el carnicero tenía un perro, raza perro, que siempre estaba mordisqueando un hueso en la puerta del negocio.

Todos tenían perro, menos nosotros, y aunque yo había insistido ciento cincuenta y seis mil veces en mi casa (porque si hay algo que yo sé hacer bien es insistir), nunca me habían dado permiso para tener uno. Había pedido un perro como regalo para Navidad, para los Reyes Magos, para el día del Niño, para cada uno de mis nueve cumpleaños (en realidad tengo diez años, pero en el primero todavía no sabía pedir perros) y cada fin de año, cuando pasaba de grado y traía un boletín lleno de excelentes, te felicito, sigue así, adelante... Pero nada.

En mi casa el único que quería un perro era yo, y siempre me decían que no podíamos tener uno, con una lista larga de explicaciones. Papá me decía que los animales necesitan lugar y que la casa era chica, que el jardín era chico, que el patio era chico,



que la terraza era chica... No eran muy variados los argumentos de mi papá. Mamá era más creativa: que un perro te ata, que requiere de cuidados, que hay que ocuparse de la comida, de las vacunas, del baño, de los paseos, de las pulgas... Y mi hermana Carolina, que para tener quince años es una cascarrabias insoportable, decía que ni loca quería un perro porque los perros le daban alergia y la hacían estornudar (en realidad, a mi hermana todo le da alergia y la hace estornudar), y que, si a esa casa entraba un perro, ella se iba. Voy a ser honesto, yo acepté cambiar a mi hermana por un perro, pero mis padres no estuvieron de acuerdo.

De todas formas, yo seguí insistiendo, porque como ya les dije si hay algo que sé hacer bien es insistir, y apelé a todos los recursos. Primero intenté sobornar a mi hermana para que se aliara conmigo. Le propuse lavar los platos de la cena, hacerle la cama todos los días y limpiar la biblioteca, tareas domésticas que le corresponden a ella y que odia, a cambio de que aceptara tener un perro. Aunque era un trato muy interesante, mi hermana no supo apreciar el valor de mi oferta (porque es una cascarrabias), y me contestó que no, estornudando tres veces.

Después, probé convencer a mi mamá prometiendo que yo y solo yo me encargaría del perro y que ella no tendría trabajo extra. Prometí llevarlo a pasear tres veces por día, prepararle la comida, bañarlo todas las semanas, encargarme de las vacunas y sacarle las pulgas. Le di mi palabra de honor para impresionarla. Pero mi mamá no se impresionó. Me dio un beso y me explicó que tener un perro es una responsabilidad, que yo no lo entendía porque no tenía edad suficiente, pero que después me iba a dar



cuenta y me iba a arrepentir... No sé cuántas cosas más me dijo, porque mi mamá es muy creativa para dar explicaciones.

Por último, fui con mi papá y le hablé de hombre a hombre. Le dije que si la casa era chica, el patio era chico, la terraza era chica y el jardín era chico, la solución era tener un perro chico. Mi papá solo me contestó que no y punto, porque, como ya les dije, él no es tan creativo como mi mamá para dar explicaciones.

Creo que, por un tiempo, me resigné a no tener perro y me conformé con jugar con los perros de mis amigos y de mis vecinos. Y me habría dado por vencido si no hubiera ocurrido lo que ocurrió.



Capítulo 2

En el que explico justamente lo que pasó

Un domingo a la mañana, mientras iba a comprar pan (que es una de las tareas domésticas que me corresponden a mí), me agaché para atarme el cordón de una zapatilla. Entonces escuché un ruidito. Miré para todos lados y, como no vi nada, decidí continuar mi camino. Pero volví a oír un ruido. Parecía un gemido. Presté mucha atención para averiguar de dónde salía y vi algo que se movía en una baldosa.

“Será una hormiga”, pensé, pero las hormigas no hacen ruido, así que me puse de rodillas para ver mejor. Sí, había algo que se movía en la baldosa, era tan pequeño que no alcanzaba a distinguir qué era. Me agaché más y, cuando mi nariz tocó el suelo, lo descubrí. Tuve que fruncir los ojos para ver con claridad. Definitivamente, no era una hormiga, porque no tenía antenas. Tampoco un ciempiés, porque solo tenía cuatro pies, o mejor dicho cuatro patas. Mosca menos, porque no se le veían alas.

14 De zoología mucho no sé, pero de algo estaba seguro: eso no era un insecto. Entonces, ¿qué?

La respuesta me la dio él mismo cuando, para mi sorpresa, se me trepó a la nariz e hizo un sonido inconfundible:

—Guau.

¡Era un perro! ¿Qué otra cosa podía ser? Los únicos que hacen *guau* son los perros. Si hubiera hecho ¡*grrrr!*, habría dudado, ya que los gruñidos no son exclusivos de los perros. Mi maestra, por ejemplo, gruñe, y mi hermana Carolina, también. Pero ningún otro ser hace *guau*, a menos que sea perro.

—Guau —repitió el perro desde mi nariz y, como me estaba poniendo bizco de tanto mirarlo, lo tomé con suavidad y lo puse en la palma de mi mano.

Entonces, lo miré con mucha atención: tenía hocico de perro, cola de perro, cara de perro y hacía *guau*. Era un perro. Un perro color té con leche. Un perro de tres centímetros de largo y dos de alto. Un perro chiquito, pero perro al fin. Lo acaricié con la punta del dedo meñique y me movió la cola. El corazón empezó a latirme como si fuera a escaparse de mi pecho, y sentí como un calorcito adentro que no puedo explicar con palabras. No lo podía creer. Nunca había visto un perro de ese tamaño, ni siquiera en la *Enciclopedia Canina* de diez tomos que me había regalado mi madrina, y que yo había leído y releído treinta y dos veces.

El perro me lamió el dedo gordo y se puso patas para arriba para que le hiciera cosquillas en la panza. Era evidente que yo le había caído bien. ¿Qué iba a hacer con él? No podía dejarlo ahí porque lo podía pisar cualquiera, confundiénolo con una hormiga, aunque era grande para ser hormiga. En ese momento, se me

15 ocurrió una idea loca: llevarlo a casa. Podía tenerlo escondido, sin que nadie lo notara, después de todo era muy chiquito. ¿Y si me descubrían? Decidí arriesgarme y afrontar las consecuencias. Al fin y al cabo, nunca había desobedecido a mis padres (salvo un par de veces que no se cuentan, porque fueron desobediencias insignificantes) y esta podía considerarse una desobediencia muy pequeña, debido al tamaño del perro.

Así que me lo puse en el bolsillo de la camisa, junto con unas miguitas de pan para que estuviera entretenido, y regresé a mi casa con cara de santo de estampita de comunión.

—A comer —dijo mi mamá, trayendo una fuente de ravioles con estofado.

Mamá sirvió la comida y, cuando yo me estaba por poner el primer raviol en la boca, mi hermana estornudó.

—¿Qué te pasa, nena? —le preguntó mi papá, que estaba sentado a mi lado.

—No sé —contestó Carolina estornudando otra vez—. Parece que me dio alergia.

—Pero los ravioles nunca te dieron alergia —se extrañó mi mamá, mientras cortaba la carne del estofado y ponía un trozo en cada plato.

—Ya..., ¡atchís!, lo..., ¡atchís!, sé..., ¡atchís! —estornudó, digo, contestó mi hermana.

Yo empecé a ponerme nervioso, porque mi bolsillo comenzó a moverse de un lado para otro, hasta que se escuchó un *guau* finito.

—¿Qué fue eso? —preguntó mi papá, que no será creativo para las explicaciones, pero tiene muy buen oído.